

## CAPÍTULO I

Me llamo Carlota, y hoy cumpla 45 años.

El nombre es herencia de mi abuela paterna. Mi padre quiso homenajear a su madre llamándome como ella. Excepto esta pequeña coincidencia, ningún rasgo físico ni mental compartimos abuela y nieta.

Nacida y criada en Cuba, la abuela Carlota era hija natural de un hombre blanco y de una negra, que no sólo se desenvolvía con las tareas domésticas en casa del amo blanco, sino que también obedecía a sus requerimientos sexuales.

Fruto de estos encuentros furtivos, mantenidos en el tiempo, nacieron tres mulatos. Una hembra, que era la abuela Carlota, y sus dos hermanos varones.

Los tres hermanos se criaron en la misma casa con sus hermanastros blancos, sin ser conscientes del vínculo de sangre que les unía.

El ama blanca sí sabía de la debilidad de su marido, y callaba su pena en silencio, hasta que fue consumiéndose lentamente, cual si vela fuese.

Mi abuela era una mulata guapa; pero este atributo de poco le sirvió, excepto para que los hombres perdiesen el sentido por ella, porque el color de su piel fue el estigma con el que tuvo que convivir

cuando se distanció de Cuba. (Estamos hablando de primeros del siglo pasado).

Fue en su tierra natal donde conoció a mi abuelo; un joven de 23 años que una vez terminados sus estudios de derecho, y aspirante al cuerpo diplomático, dispuso con algunos amigos un viaje allende los mares, sin más intención que el disfrute carnal de cuanta mujer guapa se cruzase en su camino. Pero la flecha de Cupido rápidamente le alcanzó, y cayó rendido al encanto de la bella Carlota, que apenas contaba 17 años.

Atraído de cuanta abundancia física le había otorgado la generosa naturaleza (un porte regio, hablar cadencioso y mimoso, así como su lozanía y alegría), y conducido por un gran nivel de testosterona, el abuelo sucumbió con tal arrobó a la pasión, que obvió cuanto consejo le dispensaron sus amigotes que le acompañaron en ese viaje; y sin consultar a familia ni atender razón alguna, decidió maridar con la bella Carlota.

La abuela, a la edad de 17, aunque era una hembra en toda regla, preparada para procrear, y rezumando sexo por todos los poros de su piel, aún no había conocido varón alguno; lo que enloqueció más al abuelo, que la convirtió en alumna, protegida, sierva, y esclava.

Sus rasgos físicos (una piel color ébano, labios carnosos, así como sus ojos color avellana, brillantes y chispeantes, sin olvidar la estatura, medía 1.75 m) hacían de ella una mujer hermosa, que llamaba la atención de cuantos se cruzasen en su camino. En los hombres despertaba un gran deseo sexual, y en las mujeres una admiración contenida y criticada. Asimismo, el porte distinguido que exhibía, la hacían parecer altiva y arrogante; pero no era ni lo uno ni lo otro.

Arrobados por la pasión, los dos abuelos transgredieron todas las normas de su época, y cada uno pagó el peaje correspondiente por ello.

Él, hijo único y mimado, rompió moldes y convencionalismos sociales, cuando decidió tomar por esposa a una mujer de otro color. ¡Ni más ni menos que del color negro!

Ella, sin tener nada que perder, dejándose llevar por cuanto la vida le ofrecía en ese momento, apostó por un hombre que apenas conocía. Le podría haber salido bien, le podría haber salido mal... Como le ocurrió.

La familia del abuelo se escandalizó en cuanto tuvieron conocimiento de lo que ellos consideraban una tragedia; trataron de disuadirle apelando a cuanto razón se les ocurrió, la más importante el sentido de la raza; en tanto que el color de la piel era un defecto que no se podía ocultar de forma alguna. Pero de nada les sirvió.

—¡Hijo mío, has pensado en cómo será el color de los hijos que tengáis! —le decía su madre.

—No tienen por qué ser negros, madre. Hay tres abuelos y un padre blancos —se defendía mi abuelo.

Pero este razonamiento no convencía a mi bisabuela, que poco o nada sabía de las leyes de la genética, y que estaba más preocupada por el color de sus descendientes, que por la felicidad de su hijo. Quizás intuyera que su caprichoso hijo se iba a cansar pronto de la bella Carlota, y la marca de los futuros hijos sería indeleble por los siglos de los siglos.

Sólo tuvieron un único hijo, mi padre; y cumpliendo las leyes de la herencia genética, mi padre es CUARTERÓN (Así se denomina a los hijos de padre blanco y madre mulata. Sólo una cuarta parte de su sangre es negra). Con lo cual, aunque nació con ciertos rasgos de raza, como el color canela de su piel, el pelo ensortijado y unos labios gruesos, sin embargo lejos de ser un obstáculo en su vida, le han otorgado un aire exótico y racial, que ha sido siempre un plus ante las féminas; todo ello adobado de una buena posición social y económica.

Mi abuela durante muchos años sintió el rechazo que provocaba el color de su piel; aunque no lo manifestasen abiertamente cuantos

la rodeaban, les delataban los gestos y la actitud hacia ella. El mohoso y enquistado círculo social de su marido, no vio con buenos ojos el matrimonio del chico de buena familia, aspirante a diplomático, con LA MORUCHA, como suspicazmente la llamaban.

A ella nunca le importó éste ni otros agravios; más bien pensaba que lo único que hacían los demás ante ella era defender el territorio que podían ver amenazado ante su presencia; sobre todo las mujeres. Con gran pragmatismo e inteligencia tomó una actitud prudente y paciente, hasta que con el paso del tiempo fue conquistando la simpatía, el respeto y cariño de todos aquéllos que la despreciaban por el color de su piel, incluso de su familia política.

De la tierra donde venía, eran las leyes de la naturaleza las que marcaban y dirigían todas las acciones de la vida; el comportamiento y decisiones derivaban de las entrañas, sin más condicionantes. Con lo cual no entendía las normas rígidas y la falsedad que imperaban en los círculos sociales en los que su familia política se movía.

Consciente de la seducción que ejercía ante cualquier macho, sin intención alguna por su parte, procuraba ser comedida y discreta, para no despertar el demonio de los celos en su bien amado marido. Aunque él se permitía todas las licencias propias del género masculino, en cuanto a andar con cuanta fémina se le cruzase en el camino, ella por el contrario, tenía que ser recatada, y preservar continuamente su honradez. (Este rasgo de comportamiento sexista era y es semejante en todos las épocas, territorios y culturas; el machismo y los celos es algo inherente al género masculino).

Cuando yo era adolescente no entendía muy bien el color de mi piel, de mi cabello y de mis ojos. Por el poco conocimiento que tenía de biología, puesto que estudié letras, pensaba que los rasgos oscuros siempre son dominantes en cuanto a transmisión genética se refiere, con lo cual deduje o bien que mi familia había sufrido

una mutación genética, o que en mi familia había existido más de un adúltero.

Fue mi padre, médico de profesión, quien me explicó con todo lujo de detalles, las leyes de Mendel, y comprendí la razón de mi piel clara, cabello rubio, y ojos verdes.

No hubo ninguna mutación, ni aventurilla. Sencillamente las leyes se cumplieron tal como son; me parezco a mi madre.

Las únicas aventuras extraconyugales conocidas en la familia, y aceptadas porque no quedó otra opción, son las que tuvo mi abuelo, el marido de la abuela Carlota; y por supuesto el affaire de mi padre sostenido durante toda la vida (pero que nada repercutieron en nuestro fenotipo, aunque sí en nuestra personalidad, lo que ha sido más grave).

Después de apostar por un matrimonio interracial, y enfrentarse a muchos obstáculos sociales, después de estar casado con la abuela más de 20 años, el abuelo decidió abandonarla y correr detrás de una nueva aventura.

Aceptó un cargo diplomático en la embajada de Berlín; lo que le permitió no sólo poner distancia con la abandonada familia, sino también vivir con la nueva compañera, Berta, secretaria y amante, la pasión que ambos arrastraban desde hacía años.

Aunque poco tiempo le duró la alegría a la pobre, porque corrió la misma suerte que mi abuela. El enamoradizo del abuelo la reemplazó por una rica y guapa baronesa alemana, que hizo su aparición poco tiempo después de aterrizar mi abuelo en Alemania. Con esta última tuvo un hijo, hermanastro de mi padre.

Hay personas que no se sabe qué factores confluyen para que desde la más pronta edad y hasta el fin de sus días, estén destinadas a desempeñar un papel u otro en la vida. La abuela era de esas mujeres, incluso en la ancianidad, que provocaba admiración allá donde fuese. Era espontánea, desenvuelta, práctica, alegre...era vital